





LOS TRES NIVELES



José Manuel Muriel

LOS TRES NIVELES



Primera edición: junio 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Manuel Muriel

ISBN: 978-84-17784-96-6

ISBN digital: 978-84-17784-97-3

Depósito legal: M-20517-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis hijos Beatriz y Carlos



Índice

Presentación	11
Prólogo.....	15
I. ISABEL.....	25
II. BEATRIZ.....	97
III. ANA	147
IV. CONCEPCIÓN.....	191
Epílogo.....	247
Agradecimientos	251



Presentación

Atreverse a escribir un prólogo, una presentación, no es fácil. Sobre todo cuando no se es crítico en la materia y te enfrentas a una muralla de palabras, de frases y de ideas que conforman una obra literaria extensa en la que una persona derrama su ser más íntimo con la ilusión de crear arte por medio de la escritura. Prologar no deja de ser una osadía por la presunta intención de penetrar en el ánimo del autor. También en la narrativa, como en la poesía, se «toca» a un hombre, en este caso, a José Manuel Muriel, en lo más íntimo de su personalidad, pues el que escribe deja mucho de sí mismo en las páginas de su libro, de su *Los tres niveles* y, lo que es peor, debes hacerlo con algún sentido crítico, cualidad de la que quien esto escribe está falto, salvo por la irresistible ocupación de ser un asiduo lector. Además, cuando el novelista es, no solo un admirado amigo de siempre, sino ya un consagrado escritor, la tarea se torna más inquietante. Pero lo prometido se cumple y, por supuesto, con mucha satisfacción por la honrosa petición y con la ilusionada esperanza de que la presentación se corresponda adecuadamente con lo presentado.

No deja de ser muy agradable para mí que se haya cumplido aquel deseo expresado en nuestro pequeño prólogo, de hace demasiados años, a la primera publicación de José Manuel Muriel, libro de relatos breves que ya presagiaban a un apasionado escritor, que desarrolla su múltiple actividad en el campo de su excelente gestión empresarial y, con mayor entusiasmo y no menor dedicación, en el de la narrativa, donde encuentra un adecuado contra-

punto a su difícil y acertado quehacer profesional. Esta duplicidad de inquietudes es una muestra evidente de que José Manuel es un trabajador incansable, en plenitud vital, no ya en su quehacer diario, laboral y familiar, sino también por la constante e inquietante tarea que supone escribir y reescribir una novela, por lo que tiene —y todos los novelistas— mi más sincera admiración y envidia, pues, hasta ahora, con tantos títulos publicados, no he sido capaz de enfrentarme a una de ellas, y eso que tengo en mí contra tres buenos argumentos para desarrollar, que quedarán en nada.

Lo anterior presupone que Muriel es un escritor rápido, en el sentido de no demorarse en el tiempo, en el poco tiempo que su profesión le deja para esta segunda y enamorada actividad. Al respecto me viene una cita interesante de una novela de Cesar Vidal aplicable a tantos escritores «rápidos», incluido José Manuel: «Semejante dato podía resultar engañoso para el ignorante. Si lograba plasmar por escrito sus ideas con tan prodigiosa celeridad era porque llevaba años madurándolas. En no escasa medida, redactar una obra era como recoger una cosecha. El trabajo de arar la tierra, de sembrar, de abonar, de regar podía durar meses, pero la recogida de los frutos no llevaba más de unas horas, a lo sumo unos días».

Y, a lo anterior, hay que sumar la dificultad de encontrar el tema adecuado que brille con luz propia en las páginas de un libro, de una novela en este caso. Hablando de que el naturalismo no es un conjunto de recetas para escribir novelas, Leopoldo Alas, «Clarín», dice con gracia que «en este rito no canta misa el que quiere» sino aquel que a la fe disciplinada une el talento artístico y creador, la invención, la inspiración, el don, «esa espontaneidad creadora que no se sabe de dónde viene, (que) es siempre lo principal en los artistas». Habla de la novela naturalista, pero creemos que es aplicable a la de cualquier temática. Como a *Los tres niveles* que prologamos, que por supuesto no se debe entender como naturalista, sino más bien como de «naturalismo mágico» o «realismo fantástico», donde aparece una novedosa dimensión que trasciende la percepción cotidiana de la vida, y de la muerte, para plasmarla en

otro ideal «nivel» que, de alguna forma, nos conturba y nos supera. Una experiencia narrativa de «ciencia ficción» que José Manuel Muriel desarrolla sobre las imaginadas tres vidas sucesivas de una persona, de una mujer, con distintas personalidades, introduciendo un «manuscrito», una novela, en su novela.

En general y entrando en el fondo de las novelas, dirá Sergio Beser, a propósito de las de «Clarín»; «Nunca se insistirá bastante en la necesidad de dejar al novelista la más absoluta libertad de forma, la más amplia esfera para el asunto, si se quiere que la realidad sea representada sin amaneramientos retóricos, sin invenciones que rompen el encanto de la realidad poética y artística». Debemos entender la «realidad de la escritura», no de la del asunto, porque en tantas obras, de «ciencia ficción», de contenido surrealista, de policiaco suspense, etc., pueden estar basadas, como la que nos ocupa *Los tres niveles* de José Manuel Muriel, en construcciones oníricas, futuristas, espirituales, más que materiales.

Estructurada sobre cuatro capítulos con nombres de mujer — Isabel, Beatriz, Ana y Concepción—, más un prólogo y un epílogo, la novela relata la vida de cada una de ellas bajo la óptica de una pareja de enamorados que se entrecruzan, como hemos apuntado, en la lectura de un manuscrito olvidado. Jugando con el tiempo, a veces real y a veces salvando generaciones, los personajes evocan sus vivencias o reflejan sus temores en una sucesión de estampas secuenciales de tratamiento fílmico que marcan un ritmo trepidante, aunque con narración dinámica y diálogos amenos.

Habitantes de una mansión soñada de un pueblo concreto —el nuestro, La Carolina del siglo pasado—, el lector-narrador se envuelve en la nostalgia de unos padres que han dejado sus huellas, perdidas en tantos objetos de la casa, para ir recuperando vivencias olvidadas. En un conjunto de sensaciones novedosas, la propia casa adquiere una proyección de personaje vivo que enmarca toda la narración onírica. En el fondo nos encontramos con una historia de amor, o mejor con un conjunto de historias de amor, conyugal, filial, pasional... incluso religioso, que enmarcan a los personajes

con una cálida humanidad, a veces pueblerina, pero ilustrativa de los cambios generacionales que conforman la estructura narrativa, con el contrapunto de un erotismo deshumanizado, mecánico, robótico, que presenta la amenaza cercana de hacerse tremenda realidad. Demasiada tecnología controladora del hombre y de su existencia.

Escrita con fluidez, claridad expositiva y precisión lingüística, no exenta de sencillez, sus páginas van fluyendo con naturalidad dentro del juego querido de saltos en lo temporal, con los que su autor, José Manuel Muriel, quiere alcanzar *Los tres niveles*, de trasfondo esotérico que suena un tanto a filosofía oriental. Pero seguir por este camino es desbrozar demasiado el contenido del libro, por lo que será mejor que esta presentación se quede en eso, una mera presentación que pretende apuntar lo novelado y atraer el interés del futuro lector. Amén de felicitar al autor por su obra y desear a la obra una amplia y feliz difusión.

GUILLERMO SENA MEDINA,
Palma de Mallorca, mayo 2019.

Prólogo

Me desperté sobresaltado, con el difuso eco de un sueño revoloteando en la cabeza, mis ojos tardaron un rato en perder la borrosidad y acertar a ver algo en la penumbra. Estaba claro que no estaba en mi casa, esperé pacientemente a ser capaz de situarme. Sentí a Claudia moverse a mi lado, la poca luz que se colaba a través de la rendija de la persiana incidía en su camisón, dibujando su silueta. Fui a besar su hombro, por si era capaz de contagiarme la placidez de su sueño, al moverme reparé en que estaba empapado en sudor. Recordé dónde estaba, el espeso y denso calor que llevábamos sufriendo desde nuestra llegada, un par de días atrás, pero esa noche parecía cebarse, encerrándose con nosotros en el caserón, como un inquilino más, capaz de ocupar todas las estancias. Abandoné la intención de acercarme a ella, bastante costaba conciliar el sueño como para arriesgarme a despertarla. Cerré los ojos en un intento por volver a dormir, dejé la mente en blanco tratando de relajarme, pero el cálido e insoportable abrazo del borchorno me hacía la tarea cada vez más difícil; pequeñas gotas de sudor emanaban de mis poros, las sentía resbalar por la desnudez de mi cuerpo hasta derramarse en el colchón. Comencé a inquietarme, a dar vueltas sobre mí mismo.

—Para de una vez, por Dios —la voz de Claudia rompió el silencio de la habitación con un mandato tajante.

Obedecí, me giré hacia ella para pedirle disculpas, pero al escudriñar la oscuridad me di cuenta de que estaba sumida de nuevo en la placidez del sueño, tal vez ni siquiera había llegado a despertarse;

lo más probable sería que cuando al amanecer le contara lo sucedido negara que hubiera pasado. Siempre sentí una profunda admiración por su capacidad de dormir como un propósito impuesto por su propio organismo, sin tener que asistir a los interminables debates entre el cansancio del cuerpo y la actividad de la mente. Ella era capaz de decir *me voy a dormir* y caer a los treinta segundos exactos de decirlo; de igual modo regulaba los despertares, no era la primera vez que me preocupaba pensando que era una máquina que se encendía y se apagaba para recuperar energías. Incluso los días que no teníamos motivo para madrugar tenía que suplicar que remoloneara un poco conmigo en la cama, antes de salir disparada a enfrentarse al día. Me acerqué a ella despacio, como una serpiente, y, esta vez sí, le besé un hombro. A continuación me levanté con sumo cuidado, salí de la habitación y corrí las puertas tras de mí tratando hacer el menor ruido posible. Recorrí el pasillo en penumbra hasta el cuarto de baño, encendí la luz y me descubrí en el espejo, sudado, despeinado, con los ojos aún hinchados y rojizos por los continuos desvelos de la noche. Abrí el grifo del agua fría, necesitaba refrescarme. Sonó un fuerte golpe de cañería, el agua comenzó a caer a borbotones, salpicándome al golpear la loza del lavabo, estaba tibia, apenas unos grados por debajo de mi temperatura corporal; la dejé correr, pero seguía saliendo igual. Metí la cabeza debajo del grifo, me froté bien la cara; no conseguí refrescarme, pero al menos pude borrar el sucio peso del sudor del pecho y la cabeza. Me volví a mirar al espejo, de pronto un fogonazo del sueño que acababa de tener vino a mí, una sensación de *déjà vu*, un recuerdo aislado, Hice un intento por recordar algo de lo que acontecía antes o después, pero resultó inútil.

El calor en ese baño era aún mayor, la bombilla del foco caldeaba el ambiente y la ausencia de ventanas condensaba el calor que se había acumulado durante el día. Abandoné mi reflejo en el espejo, apagué la luz y salí de allí, olvidando mi sueño. De nuevo en el pasillo decidí bajar la escalera en lugar de volver a la cama. Sin duda en la planta baja la temperatura sería más soportable, el sol había

estado golpeando el tejado sin tregua durante todo el día; en cualquier caso era imposible que hiciera más calor que en la planta alta. Bajé los peldaños a oscuras con mucho cuidado, recorrí todas las estancias varias veces, deteniéndome en cada una para comprobar si había algo más de frescor en alguna, no conseguí apreciarlo. Me fui a la cocina, cogí una lata de cerveza fría y me la restregué por el cuerpo. Saqué del congelador suficientes hielos para llenar un vaso, lo colmé del agua de una botella de la nevera y bebí deprisa. Una punzada me atravesó ambas sienes y me obligó a parar. En lo que me recuperaba, mientras hacía sonar los hielos meciendo levemente el vaso, me planteé intentar dormir allí, aunque fuera en el suelo; era probablemente, a pesar de ser un horno, el lugar más fresco de toda la casa. Deseché la idea al comprobar cómo el refrigerador luchaba por enfriar su contenido a golpe de motor, emitiendo un ruido intermitente que sin duda iba impedir que pudiera relajarme. Volví a envidiar a Claudia.

A las cuatro de la mañana, los hielos se habían deshecho hacía un buen rato, y yo apuraba el agua derretida del vaso con tal de no levantarme de nuevo. Trataba de moverme lo menos posible, convencido de que cuanto más lo hiciera más sudaría, así que procuraba mantenerme inmóvil como un mueble más, con la respiración lo más relajada posible. Estaba tumbado en uno de los sofás del salón, de espaldas a la ventana. La luz pajiza de un farol de la calle alumbraba la pared del fondo. Resultaba paradójico que tuviera la mirada clavada en la chimenea, recordando las largas y frías tardes de invierno en torno a sus llamas, la búsqueda de su calor al volver de jugar de la calle, al descalzarme y acercar los pies para templarme, mientras mamá me traía una taza de consomé humeante y papá se disponía, detrás de su nube de tabaco de pipa, a contarme alguna historia, a asombrarme con alguna andanza de antaño, una anécdota o alguno de los cientos de pasajes de novelas que almacenaba en la cabeza. Su cabeza, un prodigio de cabeza repleta de datos, fechas, poemas y recetas, hecha para resolver fórmulas y dar solución a los

problemas del día a día con una eficacia casi matemática, una cabeza que se adelantaba a los acontecimientos, que sobrevolaba los prejuicios que con frecuencia nublan la razón, que esclarecía asuntos complejos de un plumazo. Entonces era solo un crío y no era capaz de darme cuenta de la excepcionalidad de aquella cabeza, tardaría años en comprender que no iba a encontrar a un ser tan inteligente como mi padre, por mucha gente que esta vida quisiera presentarme, era único e inalcanzable, a excepción claro está, de la persona a quien más queríamos los dos, mi madre. Alcé la vista en busca de su mirada, un retrato suyo enmarcado me contemplaba desde la pared. No pude evitar sentir un pellizco en el corazón al cruzar mis ojos con los suyos; no lograba acostumbrarme por más que lo viera. El realismo del cuadro, el brillo de sus ojos suspendido en el aire parecía ir más allá del lienzo. Creí estar a punto de escuchar su suave voz resonando de nuevo en las paredes del salón. Resultaba casi imposible asumir tal realismo combinado con un trazo tan rápido, las pinceladas parecían traerla a la vida y dar movimiento a su quietud. ¿Cómo había sido capaz de plasmar esa expresión tan suya, y esa mirada, su mirada, capaz de observarte desde cualquier ángulo, inmortalizada de una forma tan viva? ¿Cómo? Era el único cuadro que mi padre había pintado en su vida y resultaba uno de los retratos más bellos y logrados que yo había visto nunca, ni en Uffizi ni en Orsay ni en el Prado. La elección de cada mezcla de color, los matices, los juegos de luces y sombras en el rostro y en las manos, técnicas dignas de los grandes maestros de la pintura. Me quedé clavado observando las manos, aquellas manos, las manos de mi madre. Incluso en la penumbra, apenas iluminada por la deslucida luz que se colaba por el ventanal, parecía estar viva y derrochando amor desde la otra punta del salón. «¿Cómo no iba a derrochar amor? A quien estaba mirando era a tu padre.» Podía escuchar su respuesta como si la hubiera dicho en ese mismo instante, en lugar de poco antes de morir, cuando aún no sabía que le quedaban tan solo unos meses de vida, o tal vez sí, tal vez lo sabía y esperó a decírmelo lo que pudo para acortar mi preocupación todo lo posible.

Estábamos a punto de dejar la casa y volver a la capital, después de pasar un fin de semana juntos cuando la descubrí contemplando su retrato.

—Mamá, ¿estás bien?

—Sí, bueno, es ese cuadro, ya sabes —había un velo de tristeza en su voz.

—Mamá, estás igual de guapa que entonces, incluso más.

—No digas tonterías, hijo —me recriminó con cierto cariño.

—No digo tonterías, es la verdad.

—Mientes igual de mal que tu padre y no es a mí a quien veo cada vez que observo ese retrato. Es a él.

Me senté a su lado y juntos observamos el cuadro. Le agarré la mano.

—Yo también lo echo mucho de menos —apreté sus dedos, entrelazados con los míos, y retiré la vista del cuadro, ella permaneció inmóvil.

—No es solo eso, es que... no he podido, no pude... no sé si le he fallado —las últimas palabras se las echó encima con una voz casi inaudible y aun así quedaron flotando en el aire.

—Fallado, ¿fallado en qué?

Su tono se volvió nervioso e impaciente.

—Debería estar ahora mismo a su lado, sé que pronto me reuniré con él, pero igual es demasiado tarde. No lo sé y no hay manera de saberlo.

Se le empañó la mirada, un escalofrío recorrió mi cuerpo desde los tobillos hasta el cuello, me puse en pie y la encaré preocupado, tomándola de los hombros.

—¿Pronto?, ¿tarde? Espera un momento. ¿Estás bien?, ¿te encuentras bien?, ¿te pasa algo?

—No me pasa nada, estoy bien. Es solo que ya han pasado muchos años y no tengo claro que tuviéramos planeado estar tanto tiempo el uno sin el otro...

Me tranquilicé un poco, volví a sentarme a su lado, intenté que me mirara a los ojos, pero ella no apartaba la vista del cuadro.

—Es ley de vida, mamá, estas cosas no se planean. Son así...
—concluí tratando de serenarla.

—Sí se planean, nosotros lo planeamos y yo estoy faltando a mi palabra, no sé qué hago todavía aquí, lo estoy echando todo a perder.

Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas, yo la abracé, ella luchó porque no lo hiciera, pero pronto cesó su empeño y se abrazó a mí con fuerza.

—Perdóname, hijo.

—No hay nada que perdonar. Ya te lo he dicho, yo también lo echo mucho de menos, y eso es normal.

Le sequé las lágrimas con las mangas de mi camisa, la tomé de la mano y tiré de ella para que me acompañara hacia el coche, pero permaneció clavada observando su retrato.

—Esa mirada tuya derrocha tanto amor. —dije en tono cariñoso.

—¿Cómo no iba a derrochar amor? A quien estaba mirando era a tu padre.

—No me refería al cuadro, mamá.

Desperté en el sofá, empapado en sudor una vez más, el reloj de la mesita marcaba las cinco menos cuarto. No conseguía dormir más de media hora seguida, el calor era asfixiante, me levanté para cambiarme al sofá de al lado, pero al comprobar la densidad del aire, casi sólida, volví a la cocina para repetir el procedimiento de hacía poco menos de una hora y refrescarme un poco.

Estaba enamorado de aquella casa, pero en esos momentos no hubiera dudado ni un segundo en cambiarla por un pequeño apartamento cerca del mar. Era un caserón de casi tres siglos de antigüedad y estábamos obligados por ley, y por la voluntad de mi madre, a respetar su estructura original, conservando intacta la fachada y la distribución interior; pese a que había intentado varias veces conseguir los permisos necesarios para instalar un climatizador, había sido inútil. El pueblo estaba bajo la Ley de Patrimonio

Rural, más de un centenar de casas debían permanecer con su estructura original. Teníamos algunos aparatos de domótica básica en la cocina. Por lo demás todo estaba como si el tiempo no hubiera pasado por ella.

En todos los periódicos digitales y las redes sociales insistían diariamente en que se trataba de uno de los veranos más calurosos de los últimos doscientos años. Yo, pese a no haber vivido tanto, no recordaba semejantes temperaturas en mis cuarenta y dos años de vida.

Los gruesos muros de la casa lograban que fuera fresca en verano y que se calentara rápido en invierno. Pero ese año parecía que lo único que conseguían era que el calor no se marchara, que permaneciera encerrado, deambulando a sus anchas y creando un infierno particular de puertas para adentro.

De vuelta al salón noté una leve brisa fresca que me erizó el vello de todo el cuerpo, seguí el álgido reguero atravesando el distribuidor, hasta toparme con la trampilla del sótano. En un primer momento deseché la idea de bajar, era un lugar que me daba especial pereza por todo el trabajo pendiente que allí nos quedaba, cajas apiladas, juegos y juguetes de antaño, archiveros de lo más variopintos amontonados aquí y allá; todo cubierto de sábanas y polvo, el paraíso de los bichos, en particular de las arañas, que aprovechaban cualquier resquicio para tejer sus siniestras y geométricas telas. A punto estaba de regresar cuando una nueva brisa me asaltó. Me agaché y tiré de la argolla, un grito de bisagras rompió el silencio de la casa, miré hacia las escaleras de subida expectante, esperando ver si alguna luz se encendía, si la voz de Claudia asomaba por el rellano, asustada, preguntando qué había pasado. Pero no ocurrió nada, la casa volvió a su tibio silencio, se tragó el ruido sin darle una mínima oportunidad de resonar por sus paredes. Con cuidado terminé de abrir la pesada trampilla, muy despacio la posé sobre el suelo. Una bocanada de frescor brotó de aquel agujero en el suelo, pude sentir cómo mi piel lo celebraba. Me puse de rodillas y tanteé con la mano el quicio por la parte interior buscando el interrup-

tor. Recordé los viejos relatos de terror en los que el filamento de la bombilla explota al accionar la luz de sótanos o buhardillas abandonados, tomé aire y accioné la llave, el sótano se iluminó tímidamente. A través de la tupida nube de polvo que había creado al abrir la trampilla pude ver la escalera, apenas tenía inclinación, le faltaban unos pocos grados para formar un ángulo recto con el suelo y el techo. Pese a ser más práctico y sencillo bajarla encarado a ella, lo hice a la inversa, apoyando los talones en los diminutos travesaños que había, diseñados para introducir la mayor parte del pie. Tenía cierto reparo a dar la espalda a lo me pudiera aguardar allí abajo, pero nada me sorprendió, salvo el alivio térmico que sentí al abandonar el último peldaño. Todo estaba tal cual lo recordaba, me apoyé contra la escalera y discurrí una manera de encontrar un hueco en el que echarme. Todo el espacio estaba ocupado por un mar de sábanas de diversos colores y estampados que iba a morir en las cajas apiladas al fondo de la estancia. Resolví hacer un pequeño hueco en el que entraran unos cuantos cojines de los sofás del salón, prefería la suciedad y las arañas al calor que me aguardaba arriba. Agarré una sábana y tiré de ella, dejando al descubierto un par de cajones, un baúl y una bolsa repleta de disfraces. Aparté la bolsa y los cajones y los dispuse en el pequeño hueco que había tras la escalera. Después fui a por el baúl; al ir a levantarlo descubrí una nota con mi nombre pegada a él, era la letra de mi madre. Descorrí el pequeño cerrojo que aseguraba la tapa y la levanté con sumo cuidado. En su interior forrado de tela, apilados unos y enrollados otros, había un montón de legajos y documentos junto a varios sobres repletos de fotografías. Las revisé rápidamente, eran de mis padres en lugares dispares. También encontré una serie de retratos a lápiz de personas que no supe reconocer; debajo de cada uno ponía su nombre y apellidos: Isabel Coracho Jiménez, Ramón Cabrejas Martínez, Agustín Coracho Díaz, Beatriz Mesías Galván, Mike Bradley, Gerald Belmondo, decenas de nombres y dibujos de caras entre los que se encontraban los de mis padres y el mío. Tras apartar el último retrato apareció una carpeta de piel repujada

con motivos florales y las iniciales C.S. Con toda seguridad debían corresponder a Conchi Salazar, mi madre. Tomé la carpeta con sumo cuidado, la abrí y curioseé, contenía un manuscrito de más de trescientas hojas escritas de su puño y letra. Me acomodé en un peldaño de la escalera, lo tomé con las dos manos y comencé a leer.